

www.puntodelectura.com

**NORA ROBERTS**

# Nacida de la vergüenza

Las hermanas Concannon III

punto de lectura



Título: Nacida de la vergüenza  
Título original: *Born in Shame*  
© Nora Roberts  
© De la traducción: Adriana Delgado Escrucería  
© De esta edición:  
2009, Santillana Ediciones Generales, S.L.  
Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España)  
Teléfono 91 744 90 60  
[www.puntodelectura.com](http://www.puntodelectura.com)

ISBN: 978-84-663-0698-0  
Depósito legal: B-1.780-2009  
Impreso en España – Printed in Spain

Portada: Opal Works

Primera edición: febrero 2009

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

**NORA ROBERTS**

# Nacida de la vergüenza

*Traducción de Adriana Delgado Escrucería*



Queridos lectores:

Había soñado con Irlanda. Había soñado con una tierra mágica de montañas brumosas, oscuras e imponentes que guardan secretos y dan paso a campos verdes que se extienden hasta el infinito. Y eso fue lo que encontré cuando llegué.

He conversado con muchos amigos y familiares que han estado en Irlanda. Sin excepción, todos los que tienen raíces irlandesas que fueron trasplantadas a otro país en el pasado sienten un palpito cuando pisan suelo irlandés. A mí me pasó. Tuve la sensación de conocerlo todo, la certeza de saber a qué sabría el aire allí incluso antes de aspirarlo por primera vez.

Hay tanta belleza en los pueblecitos, con su taberna y sus calles tortuosas, en el bullicio de ciudades como Galway, en los acantilados que se levantan sobre el océano y en los campos que duermen bajo la niebla... Hay cosas sencillas, como el granjero que guía a sus vacas por un sendero, y cosas extraordinarias, como las ruinas de un castillo que ha estado en pie durante siglos junto a la ribera serpenteante de un río.

Uno puede encontrar círculos de piedras bailando en el campo de un granjero y colinas encantadas sobre

las que surgen bosques. E igualmente mágicas son las flores que se abren en un jardín bien cuidado o el sabor de los panecillos recién hechos a la hora del té. Cosas sencillas y cosas extraordinarias. Eso fue lo que encontré en Irlanda.

Para *Nacida de la vergüenza*, el último libro de mi trilogía «Las hermanas Concannon», quise llevar por primera vez a una mujer norteamericana a Irlanda. Quise darle a Shannon Bodine sus raíces, su familia y un romance que estuviera a la par de los contrastes y la fortaleza de Irlanda. Quise darle la magia de las cosas sencillas y de las cosas extraordinarias.

Y espero dáros las también a vosotros.

*Slainté,*  
Nora

Busque los otros dos libros de la trilogía...

*Nacida del fuego*

*Nacida del hielo*

*Para todos mis amigos irlandeses que están  
a ambos lados del Atlántico.*



*Reconozco a mi amor por su manera de caminar  
y reconozco a mi amor por su manera de hablar.*

BALADA IRLANDESA



## Prólogo

Amanda tuvo sueños espantosos. Colin estaba allí, con su dulce y amada cara transida de dolor. «Mandy», le decía. Siempre la llamaba Mandy. Su Mandy, mi Mandy, querida Mandy. Pero no había risa en su voz ni en sus ojos.

«Mandy, no podemos evitarlo. Desearía que pudiéramos. Mandy, mi Mandy, te echo tanto de menos... Nunca pensé que tendrías que venir tras de mí tan pronto. Es tan duro para nuestra niña... Y va a serlo aún más. Tienes que hablar con ella, lo sabes».

Entonces sonrió, pero fue una sonrisa triste, muy triste, y su cuerpo y su rostro, que habían parecido tan sólidos, tan cercanos que ella había levantado la mano durante el sueño para tocarlos, se empezaron a desvanecer y a titilar en la lejanía.

«Tienes que hablar con ella —le repitió—. Siempre supimos que lo harías. Ella tiene que saber de dónde viene, quién es. Pero dile, Mandy, dile que nunca se olvide de que la amé. Que amé a mi pequeña».

«Ay, no te vayas, Colin —se quejó en el sueño, añorándolo—. Quédate conmigo. Te amo, Colin. Mi dulce Colin. Te amo por todo lo que eres».

Pero no pudo traerlo de vuelta. Y no pudo detener el sueño.

Ah, qué belleza ver de nuevo Irlanda, pensó, flotando como neblina sobre las verdes colinas que recordaba desde hacía tanto tiempo. Ver resplandecer el río como una cinta de plata brillante que envuelve un regalo invaluable. Y allí estaba Tommy, el amoroso Tommy, esperándola. Se giró y le sonrió, para darle la bienvenida.

¿Por qué sentía tal dolor, si estaba de regreso y se sentía tan joven, tan vivaz, tan enamorada?

«Pensé que nunca volvería a verte. —Su voz sonó ahogada, una risa empezó a emerger de su garganta—. Tommy, he regresado a ti».

Al parecer él la miraba fijamente. Sin importar con cuánto empeño lo intentara, no podía acercarse a él más que a un brazo de distancia, aunque oía su voz, tan clara y dulce como siempre.

«Te amo, Amanda. Siempre. No ha pasado un día en el que no haya pensado en ti ni haya recordado lo que encontramos aquí. —En el sueño, él se daba la vuelta para mirar hacia el río, donde las orillas eran verdes y suaves, y el agua tranquila—. La bautizaste en honor al río, en honor al recuerdo de los días que pasamos juntos».

«Es tan hermosa, Tommy. Tan brillante, tan fuerte. Estarías orgulloso».

«Estoy orgulloso. Y cómo quisiera... Pero no pudo ser. Lo sabíamos. —Suspiró y se dio la vuelta—. Hiciste lo mejor para ella, Amanda, nunca te olvides de eso, pero ahora la estás dejando. El dolor que eso te causa y el dolor que has guardado todos estos años lo hacen muy difícil. Tienes que hablar con ella, tienes que darle su derecho de nacimiento. Y tienes que hacerle saber, de alguna

manera tienes que hacerle saber que la amé y que se lo habría demostrado si hubiera podido».

«No puedo hacerlo sola —pensó mientras luchaba por salir del sueño y la imagen de Tom se desvanecía—. Ay, Dios santo, no me obligues a hacerlo sola».

—Mamá. —Shannon acarició con delicadeza la cara sudorosa de su madre, a pesar de que le temblaban las manos—. Mamá, despierta. Sólo es un sueño, un mal sueño. —Entendía lo que era sentirse torturada por los sueños y sabía lo que era temer despertarse, pues ahora se despertaba cada mañana temiendo que su madre se hubiera ido. Se adivinaba la desesperación en su voz. «Ahora no, todavía no», rezó—. Necesitas despertarte, mamá.

—Shannon, se fueron. Ambos se fueron. Se los llevaron lejos de mí.

—Shh. No llores. Por favor, no llores. Abre los ojos y mírame.

Amanda pestañeó y abrió unos ojos colmados de dolor.

—Lo siento. Lo siento tanto... Sólo hice lo que creí que era mejor para ti.

—Ya lo sé. Por supuesto que lo hiciste. —Shannon se preguntó frenéticamente si el delirio significaba que el cáncer se había extendido hasta el cerebro. ¿No era suficiente que hubiera acaparado los huesos de su madre? Maldijo la ambiciosa enfermedad y maldijo a Dios, pero su voz sonó tranquilizadora cuando habló—. Todo va bien. Estoy aquí, estoy a tu lado.

Con esfuerzo, Amanda exhaló un largo suspiro para tratar de estabilizarse. En la cabeza le daban vueltas algunas

imágenes: Colin, Tommy, su querida niña... Cuán angustiados estaban los ojos de Shannon, cuán desolados estaban cuando regresó a Columbus por primera vez.

—Todo va bien. —Amanda habría hecho cualquier cosa por aplacar el miedo que se leía en los ojos de su hija—. Por supuesto que estás aquí. Me alegra tanto que estés conmigo... —«Y siento tanto, tanto, cariño, tener que dejarte...»—. Te he asustado. Lamento haberte asustado.

Era cierto. El miedo era un sabor metálico en el paladar, pero Shannon negó con la cabeza. Ya estaba casi acostumbrada al miedo. Había sido una presencia constante para ella desde que había cogido el teléfono de su oficina en Nueva York y una voz al otro lado de la línea le había dicho que su madre estaba muriendo.

—¿Te duele?

—No, no. No te preocupes. —Amanda suspiró de nuevo. A pesar de que sí le dolía, de que el dolor era espantoso, se sentía más fuerte. Necesitaba serlo por lo que estaba a punto de afrontar. En las pocas semanas que Shannon había estado con ella, había mantenido enterrado el secreto, como lo había mantenido toda la vida de su hija. Pero tendría que desenterrarlo y no quedaba mucho tiempo—. ¿Podrías traerme un poco de agua, cariño?

—Por supuesto.

Shannon cogió la jarra que estaba sobre una mesa cerca de la cama, llenó un vaso de plástico y después se lo ofreció a su madre con una pajita.

Luego levantó con cuidado el respaldo de la cama de hospital para que Amanda estuviera más cómoda. La

sala de la encantadora casa de Columbus había sido modificada como habitación de hospital. Había sido el deseo de Amanda, y de Shannon, volver a casa para el final.

La música sonaba suavemente en el estéreo. El libro que Shannon había llevado a la sala para leer en voz alta estaba donde ella lo había soltado cuando se había asustado tanto. Se agachó para recogerlo, tratando de contenerse.

Cuando estaba sola, Shannon se decía que su madre estaba mejorando, que se podía ver día a día. Pero sólo tenía que echarle un vistazo a Amanda, a su piel grisácea, a las arrugas de dolor, a su pérdida gradual, para saber que en realidad no era así.

No había nada que pudiera hacer salvo procurar que su madre estuviera cómoda, que no le faltara la morfina para menguar el dolor, aunque nunca lo calmara del todo.

Shannon se dio cuenta de que necesitaba un minuto, pues el pánico había empezado a burbujearle en la garganta. Sólo un minuto a solas para poder hacer acopio de toda su valentía agotada.

—Voy a traer una toalla húmeda para refrescarte la cara.

—Gracias —replicó Amanda; eso, pensó mientras su hija salía de la habitación, le concedería el tiempo suficiente para escoger las palabras correctas.



## Capítulo 1

Amanda había estado preparándose para ese momento durante años, pues sabía que le llegaría la hora, aunque no quería que fuera así. Lo que era justo y correcto para uno de los hombres que amaba sería injusto para el otro, sin importar qué camino escogiera.

Pero ninguno de los dos hombres podía ser su preocupación en ese momento, ni tampoco podía regodearse en su propia vergüenza. Lo único en lo que podía pensar era en Shannon, sólo ella podía dolerle.

Su hermosa y brillante hija, que no había sido para ella nada más que un motivo de alegría y de orgullo. El dolor la recorrió como una corriente venenosa, pero apretó los dientes. La lastimaría con lo que iba a decirle pronto, y lo que había pasado en Irlanda hacía tantísimos años le causaría congoja. Deseó con toda el alma poder encontrar una manera de aplacarla.

Vio que su hija entraba de nuevo en la sala. Se movía con rapidez y gracia, con una energía nerviosa subyacente. Se movía como su padre, pensó Amanda. No Colin. Dios, el dulce Colin daba traspies, era torpe como un cachorro demasiado grande.

Pero Tommy era ligero de pies.

Shannon también tenía los ojos de Tommy. Del vivaz color verde del musgo, tan claros como un lago bajo el sol. El intenso color castaño del cabello que le caía sedosamente sobre los hombros también era un legado de Irlanda. Sin embargo, a Amanda le gustaba pensar que la forma de la cara de su hija, su piel cremosa y su suave y generosa boca eran herencia suya.

Pero había sido Colin, Dios lo bendijera, quien le había inculcado determinación, ambición y un sentido estable de su propia identidad.

—Creo que no te he dicho suficientes veces lo orgullosa que estoy de ti, Shannon —le dijo a su hija mientras ella le limpiaba el sudor de la cara.

—Por supuesto que me lo has dicho.

—No. Te dejé creer que estaba decepcionada porque no quisiste seguir pintando. Eso fue muy egoísta por mi parte. Sé mejor que la mayoría de la gente que el camino de una mujer es el que ella escoja.

—Nunca trataste de convencerme de que no me fuera a Nueva York o de que no me dedicara al arte comercial. Además, todavía sigo pintando —añadió con una sonrisa forzada—. Casi he terminado de construirme una vida estable que creo que te gustaría.

¿Por qué no había llevado unos lienzos? Maldición, ¿por qué no se le había ocurrido coger algunas pinturas o incluso un cuaderno de dibujo para poder sentarse junto a su madre y darle el placer de verla pintando?

—Ése es uno de mis favoritos. —Amanda señaló el retrato que colgaba de la pared de la sala—; el de tu padre durmiendo en la tumbona del jardín.

—Preparándose para cortar el césped —dijo Shannon con una risita. Puso a un lado la toalla y se sentó junto a la cama—. Y cada vez que le preguntábamos por qué no contrataba a alguien que lo cortara, respondía que no quería porque le gustaba el ejercicio. Pero entonces salía al jardín y se quedaba dormido.

—Colin nunca dejó de hacerme reír. Echo de menos eso. —Le acarició a Shannon una muñeca—. Sé que también tú lo echas de menos.

—Todavía creo que va a entrar de sopetón por la puerta principal y nos va a decir: «Mandy, Shannon, ponéos vuestras mejores galas. Acabo de hacer que uno de mis clientes gane diez mil en la bolsa, así que vamos a celebrarlo».

—Le encantaba ganar dinero —comentó Amanda—. Era un juego tan divertido para él... No se trataba de dólares o centavos, ni de avaricia o egoísmo, sólo de diversión. Igual que le divertía mudarse de un lugar a otro cada par de años. «Vamos a hacer temblar este lugar, Mandy. ¿Qué tal si probamos en Colorado? ¿O en Memphis?». —Sacudió la cabeza de la risa. Qué bueno era reírse, fingir aunque fuera por un instante que estaban conversando como solían hacerlo—. Finalmente, cuando nos mudamos aquí, le dije que ya habíamos sido nómadas durante suficiente tiempo. Éste era nuestro hogar. Y él se estableció aquí como si hubiera estado esperando el sitio y el momento correctos.

—Papá amaba esta casa —murmuró Shannon—, igual que yo. Nunca me importó que nos mudáramos de un lugar a otro. Papá siempre lo hizo parecer una aventura. Pero recuerdo que una vez, como una semana después

de que nos mudáramos aquí, estaba sentada en mi habitación pensando, y sentí que me quería quedar. —Sonrió a su madre—. Supongo que todos sentimos lo mismo.

—Él habría movido montañas por ti, se habría enfrentado a tigres. —A Amanda le tembló la voz, aunque después de unos segundos pudo estabilizarla de nuevo—. Shannon, ¿sabes de verdad cuánto te quiso tu padre?

—Sí —contestó, levantando la mano de su madre y presionándola contra su mejilla—. Sí que lo sé.

—Recuérdalo. Acuérdate siempre de todo lo que te quiso. Tengo cosas que decirte, Shannon, que pueden hacerte daño, que pueden enfurecerte o confundirte. Lo siento tanto... —dijo, y exhaló un suspiro.

En el sueño había habido más que amor y dolor. También había estado presente la urgencia. Amanda sabía que no dispondría de las tres míseras semanas que el médico le había prometido.

—Mamá, lo entiendo, pero todavía tenemos esperanzas. Siempre quedan esperanzas.

—No tiene nada que ver con esto —le respondió, y levantó una mano para abarcar la zona temporal de cuidados intensivos—. Es algo que viene de atrás, cariño, de muy atrás. De algo que sucedió cuando fui con una amiga a Irlanda y nos quedamos en el condado de Clare.

—No sabía que hubieras estado en Irlanda. —A Shannon le pareció extraño—. Con todo lo que viajamos siempre me pregunté por qué nunca fuimos a Irlanda, y más teniendo en cuenta que tanto tú como papá tenéis raíces irlandesas. Yo siempre he sentido una especie de conexión con ese país, como una extraña atracción.

—¿En serio? —preguntó Amanda con suavidad.

—Es difícil de explicar —murmuró Shannon. Se sintió un poco tonta, pues no era una mujer dada a hablar de sueños, y entonces sonrió—. Siempre me he dicho que si alguna vez decido tomarme unas vacaciones largas, allá es adonde voy a ir. Pero con el ascenso y la cuenta nueva... —Se sacudió la idea del lujo de unas vacaciones—. En cualquier caso, recuerdo que cada vez que sugería que fuéramos a Irlanda, siempre movías la cabeza y decías que había muchos otros sitios que ver.

—No podía soportar la idea de volver, y tu padre lo entendía. —Amanda apretó los labios y examinó el rostro de su hija—. ¿Te sentarías aquí a mi lado a escucharme? Y, por favor, ¿podrías tratar de entender?

Shannon sintió un nuevo estremecimiento de miedo que le subía por la columna. ¿Qué podía ser peor que la muerte?, se preguntó. ¿Y por qué tenía tanto miedo de escucharlo? Sin embargo, se sentó junto a su madre y sostuvo su mano entre las suyas.

—Estás inquieta —empezó a decirle—. Sabes lo importante que es que estés tranquila.

—Y que haga ejercicios de visualización —dijo Amanda con una sonrisa débil.

—Puede funcionar. La mente triunfa sobre la materia. Mucho de lo que he estado leyendo...

—Ya lo sé. —Incluso aquel mínimo vestigio de sonrisa desapareció—. Cuando yo era unos pocos años mayor que tú, viajé a Irlanda con una amiga muy querida, llamada Kathleen Reilly. Fue una gran aventura para las dos. Éramos adultas, pero ambas veníamos de familias muy estrictas. Tan sumamente estrictas que tuve que esperar hasta tener más de treinta años para tomar la

iniciativa de hacer semejante cosa. —Amanda volvió la cabeza para poder mirar a su hija a la cara mientras le hablaba—. Sé que no lo entiendes. Siempre has sido tan segura de ti misma y tan valiente... Pero cuando yo tenía tu edad, ni siquiera había empezado a luchar por deshacerme de la cobardía.

—Nunca has sido una cobarde, mamá.

—Pero lo fui —contestó Amanda con suavidad—. Lo fui. Mis padres eran irlandeses tradicionales, más correctos que el Papa. Una de sus mayores decepciones, más por razones de prestigio que por la religión, fue que ninguno de sus hijos nació con vocación religiosa.

—Pero si eres hija única —la interrumpió Shannon.

—Ésa es una de las verdades a las cuales falté. Te dije que no tenía familia y te dejé creer que no había nadie más que yo. Pero la verdad es que tengo dos hermanos y una hermana, pero no hemos cruzado ni una palabra desde antes de que nacieras.

—Pero ¿por qué? —Shannon se contuvo—. Perdona. Continúa.

—Siempre has sido buena escuchando. Tu padre te enseñó. —Amanda hizo una pausa y pensó en Colin. Rezó por que lo que estaba a punto de hacer fuera lo correcto para todos—. No éramos una familia cercana, Shannon. Nuestra casa era tan... estirada. Las reglas y las costumbres eran muy rígidas. Cuando decidí ir a Irlanda con Kate, tuve que afrontar fieras objeciones por parte de mi familia. Pero fuimos, y estábamos tan emocionadas como colegialas en un día de excursión. Primero estuvimos en Dublín y de allí continuamos siguiendo un mapa y nuestro olfato. Me sentí libre por primera vez

en la vida. —Era tan fácil traer a la memoria todo aquello, notó Amanda. Incluso después de tantos años de contener esos recuerdos, le llegaban de nuevo a la cabeza tan claros y puros como el agua. La risa aguda de Kate, las protestas del pequeño coche que habían alquilado, los caminos equivocados que habían tomado, así como los correctos. Y el sobrecogimiento que sintió la primera vez que vio la extensión de las colinas y las puntas de los acantilados del Oeste. Esa sensación de haber llegado a casa que no se esperaba y que no había vuelto a sentir nunca más—. Queríamos ver lo más posible, y cuando llegamos al Oeste, encontramos un hotelito precioso que miraba hacia el río Shannon. Nos quedamos allí y decidimos que podíamos convertirlo en una especie de base, para conducir desde allí a varios lugares y hacer viajes de un día. Los acantilados de Mohr, Galway, la playa de Ballybunnion y todos esos lugares fascinantes que se encuentra uno por el camino cuando menos se lo espera. —Entonces Amanda miró a su hija y vio que tenía los ojos brillantes y expectantes—. Cómo quisiera que pudieras ir y ver, sentir por ti misma la magia de ese lugar, el mar chocando como el trueno contra las rocas, el verde de los campos, la manera en que se siente el viento cuando llueve suave y ligeramente, o cuando el viento sopla con fuerza desde el Atlántico... Y la luz, es como una perla apenas rozada con oro.

Allí había amor, pensó Shannon con un poco de desconcierto y un anhelo que nunca había sospechado.

—Pero nunca volviste.

—No —repuso Amanda con un suspiro—. Nunca volví. ¿Alguna vez te has preguntado cómo es posible

que una persona planea todo con sumo cuidado, anticipe cómo serán las cosas al día siguiente y al siguiente, pero entonces algo ocurre, algo que puede parecer insignificante y sin embargo hace que todo el plan se vea trastornado? Nunca vuelve a ser lo mismo.

Más que una pregunta era una afirmación. En ese momento Shannon sencillamente esperó a que su madre continuara y se preguntó qué sería lo que había cambiado sus planes.

El dolor estaba tratando de apoderarse de ella de nuevo, con astucia. Amanda cerró los ojos un instante y se concentró en vencerlo. Lo mantendría a raya, se prometió, hasta que hubiera terminado lo que había empezado.

—Una mañana, era el final del verano y la lluvia iba y venía con irregularidad. Kate amaneció sintiéndose mal, así que decidió pasar el resto del día en la cama y descansar, leer un poco y mimarse. Yo estaba inquieta, tenía la sensación de que había lugares adonde tenía que ir. Entonces me subí al coche y conduje. Sin planearlo llegué a Loop Head. Oía el estruendo de las olas mientras me apeaba y caminaba hacia el acantilado. El viento soplaba y cantaba entre la hierba. Olía el océano y la lluvia. Había allí un poder que golpeaba el aire al igual que las olas golpeaban las rocas.

»Vi a un hombre —continuó Amanda, pero más despacio— de pie en el punto donde la tierra llega a su fin y da paso a la inmensidad del océano. Estaba mirando hacia el infinito, bajo la lluvia, hacia el Oeste, donde está América. No había nadie más allí aparte de él, que estaba enfundado en una chamarra impermeable y tenía

una gorra calada hasta los ojos. Entonces se volvió, me miró y sonrió, como si hubiera estado esperándome.

De repente, Shannon sintió ganas de ponerse de pie, de decirle a su madre que debía detenerse, descansar, hacer cualquier cosa salvo continuar. Había convertido sus manos en puños sin siquiera darse cuenta y sentía como si algo le atenazara con fuerza el estómago.

—No era joven —continuó Amanda con suavidad—, pero era guapo. Y tenía una tristeza enorme en los ojos, como si estuviera un poco perdido. Sonrió y me dijo buenos días y que qué día tan espléndido hacía mientras la lluvia nos caía sobre la cabeza y el viento nos abofeteaba la cara. Me reí, porque de alguna manera era cierto que era un día espléndido. Y pensé que me había acostumbrado a la musicalidad del acento del Oeste de Irlanda. Su voz era encantadora, y supe que podría pasar muchas horas escuchándola. Así que nos quedamos allí, conversando sobre mis viajes, sobre Estados Unidos. Me dijo que era granjero, aunque muy malo, lo cual lamentaba, porque tenía dos hijas pequeñas por quienes tenía que velar. Pero su rostro no reflejó tristeza cuando habló de ellas; en cambio, se le iluminó. Su Maggie Mae y su Brie, así las llamó. Sobre su esposa dijo muy poco.

»Entonces salió el sol. —Amanda suspiró—. Salió despacio y precioso mientras estábamos allí, como escabulléndose entre las nubes con raudales de oro. Caminamos por los senderos, hablando, como si nos conociéramos de toda la vida. Y me enamoré de él en esos empinados y estruendosos acantilados. Debería haberme asustado. —Miró a Shannon y levantó una mano con vacilación—. Sí, me produjo vergüenza, porque él era un

hombre casado y tenía hijas. Pero pensé que era sólo yo quien lo sentía, así que ¿realmente cuánto pecado podía haber en el alma de una vieja solterona deslumbrada por un hombre apuesto? —Sintió con alivio que su hija entrelazaba sus dedos con los de ella—. Pero no era sólo yo quien lo sentía. Nos vimos otras veces, ay, todo con mucha inocencia. En una taberna, en el acantilado de nuevo y en una ocasión nos llevó a Kate y a mí a una feria en las afueras de Ennis. No podía seguir siendo inocente. No éramos niños, ninguno de los dos, y lo que sentíamos el uno por el otro era tan grande, tan importante y, tienes que creerme, tan correcto... Kate lo sabía, cualquier persona que nos viera podía saberlo, y me habló como lo haría una amiga. Pero yo lo amaba y nunca había sido tan feliz como cuando estaba con él. Ni una vez me hizo promesas. Teníamos sueños, pero nunca nos prometimos nada. Estaba atado a su esposa, que no lo amaba, y a las hijas que adoraba. —Se humedeció los labios y bebió de la pajita que sin palabras le ofreció Shannon. Hizo una pausa de nuevo, pues lo que se venía iba a ser aún más difícil—. Sabía lo que estaba haciendo, Shannon. De hecho, que nos convirtiéramos en amantes fue más obra mía que de él. Él fue el primer hombre que me tocó, y cuando lo hizo, finalmente, fue con tanta ternura, con tanto cuidado, con tanto amor, que después lloramos juntos. Lloramos porque sabíamos que nos habíamos conocido demasiado tarde y que no había esperanza para nosotros.

»Sin embargo, hicimos planes absurdos. Encontraríamos una manera de que pudiera dejarle a su esposa lo que necesitara y nos iríamos con sus hijas a Estados Unidos, donde podríamos ser una familia. Él quería con

desesperación tener una familia, al igual que yo. Conversamos en esa habitación que miraba sobre el río Shannon y fingimos que sería para siempre. Teníamos tres semanas, y cada día fue más maravilloso que el anterior, y más desgarrador. Debía dejarlo y dejar Irlanda. Me dijo que iría a Loop Head, donde nos habíamos conocido, y que miraría por encima del mar en dirección a Nueva York, hacia mí.

»Se llamaba Thomas Concannon, y era un granjero que quería ser poeta.

—¿Volviste...? —A Shannon la voz le sonó áspera e inestable—. ¿Volviste a verlo alguna vez?

—No. Le escribí durante un tiempo y él contestó. —Amanda apretó los labios y fijó la mirada en los ojos de su hija—. Al poco tiempo de volver a Nueva York supe que estaba embarazada de él.

Shannon sacudió la cabeza de inmediato; la negación fue instintiva y el miedo, enorme.

—¿Embarazada? —El corazón empezó a latirle a toda prisa y con fuerza. Sacudió la cabeza de nuevo y trató de alejar la mano de su madre. Lo supo, sin que se hubiera pronunciado ninguna otra palabra, lo supo. Pero rehusó saber—. No.

—Me emocionó tanto... —Amanda apretó la mano de Shannon, aunque le costó trabajo—. Desde el primer momento estuve segura. Me puse tan contenta... Nunca pensé que tendría un hijo, que encontraría a alguien que me amara lo suficiente como para darme ese regalo. Ay, quería a ese bebé, lo amaba y le di las gracias a Dios por llevarlo en mi vientre. Cuánta tristeza y dolor sentí al saber que nunca podría compartir con Tommy la belleza

que había concebido nuestro amor. La carta que me mandó era frenética. Iba a dejar su hogar y vendría a buscarme. Temía por mí, por lo que me estaba tocando afrontar sola. Yo sabía que era cierto que vendría y me sentí tentada de aceptar, pero estaba mal, Shannon, aunque amarlo nunca estuvo mal. Entonces le escribí una última carta y le mentí por primera vez: le dije que no estaba asustada ni sola y que me iba a ir de Nueva York.

—Estás cansada. —Shannon estaba desesperada por detener las palabras. Su mundo se estaba desmoronando y tenía que luchar por estabilizarlo de nuevo—. Has hablado demasiado. Es hora de que te tomes las medicinas.

—Tommy te habría amado —dijo Amanda fieramente— si hubiera tenido la oportunidad. En mi corazón sé que te amó aunque nunca posó los ojos sobre ti.

—¡Basta! —exclamó Shannon, poniéndose de pie y alejándose de la cama. Se mareó y sintió como si la piel se le hubiera vuelto helada y extremadamente fina—. No quiero escuchar esto. No necesito escucharlo.

—Sí necesitas escucharlo. Lamento el dolor que te pueda causar, pero necesitas saber toda la verdad. Sí, me fui de Nueva York —continuó sin perder un minuto—. Mi familia se escandalizó, todos se pusieron furiosos cuando les conté que estaba embarazada. Querían que me fuera durante un tiempo y que te diera en adopción, discretamente, sin que nadie se enterara, para que no se desatara un escándalo que los avergonzara. Pero yo habría entregado mi vida antes que renunciar a ti. Eras mía y de Tommy. Se dijeron palabras horribles en esa casa, hubo amenazas y ultimátums. Me desheredaron y mi

padre, que era un hombre de negocios astuto, me bloqueó la cuenta bancaria para que no pudiera tocar el dinero que mi abuela me había dejado como herencia. Verás, el dinero nunca fue un juego para él. Era poder. Entonces me fui de esa casa con el dinero que tenía en el monedero y una maleta.

Shannon sintió como si estuviera bajo el agua, luchando por respirar. Pero pudo imaginarse con toda claridad la escena: su madre, joven, embarazada, casi sin un centavo, cargando una maleta.

—¿No había nadie que pudiera ayudarte?

—Kate me habría ayudado, y sé que sufrió por lo que me estaba pasando. Pero ésas eran las consecuencias de mis actos. La vergüenza que pudiera haber era mía. La alegría que pudiera haber era mía. Tomé un tren hacia el Norte y conseguí trabajo como camarera en un hotel de los Catskills. Y allí conocí a Colin Bodine.

Amanda esperó mientras Shannon se daba la vuelta y caminaba hacia la chimenea, que ya estaba apagándose. La habitación estaba silenciosa, sólo se oía el crujir de las brasas y el viento que soplaba contra la ventana haciéndola estremecer. Pero bajo el silencio, Amanda podía percibir la tormenta que se había desatado dentro de esa niña que ella amaba más que a su propia vida. Ya estaba sufriendo por anticipar que esa tormenta estallaría sobre ambas.

—Estaba de vacaciones con sus padres. Le presté poca atención. Era sólo uno más de los huéspedes ricos y privilegiados a los que tenía que atender. Colin me gastaba una broma de cuando en cuando y yo sonreía, como él esperaba que hiciera. Tenía la mente en mi trabajo y en

mi sueldo, y en el bebé que crecía dentro de mí. Entonces una tarde hubo una tormenta, una fortísima. Muchos de los huéspedes decidieron quedarse en sus habitaciones y pidieron que les llevaran el almuerzo, en lugar de salir. Yo iba a toda prisa cargando una bandeja para una de las cabañas, pues hubiera tenido problemas si la comida se enfriaba por el camino y los huéspedes se quejaban. Y Colin surgió corriendo por una esquina, mojado como un perro, y me arrolló. Qué torpe que era, que Dios lo bendiga.

Las lágrimas contenidas le hirvieron a Shannon mientras miraba fijamente las brasas que ardían en la chimenea.

—Siempre contaba que así era como te había conocido: que te había tumbado.

—Así es. Y siempre te dijimos las verdades que sentimos que podíamos decirte. Me arrolló y caí en un barrizal, con bandeja y todo, la comida se manchó y se echó a perder. Él empezó a disculparse y trató de ayudarme. Yo sólo podía ver la comida tirada en el barro; me dolía la espalda de cargar esas bandejas tan pesadas y tenía las piernas cansadas de sostenerme. Empecé a llorar. Me quedé sentada en el barro y lloré y lloré y lloré. No pude parar. Colin me cogió en brazos y me llevó a su habitación, pero no pude parar de llorar ni un momento.

»Fue muy dulce; me sentó en una silla, a pesar de que yo estaba toda embarrada, y me cubrió con una manta. Se sentó a mi lado y me dio palmaditas en la mano hasta que dejé de llorar. Me sentí tan avergonzada y él fue tan amable... Y no consintió que me fuera hasta que le prometí que cenaría con él.

Debía sonar romántico y dulce, pensó Shannon al tiempo que le empezó a faltar el aire. Pero no lo era. Era espantoso.

—No sabía que estabas embarazada.

Amanda hizo una mueca, no sólo por la acusación que implicaban las palabras de Shannon, sino también porque sintió una nueva punzada de dolor.

—No, en ese momento no sabía que estaba embarazada. Casi no se me notaba y tuve cuidado de esconder mi estado para no perder mi trabajo. Los tiempos eran diferentes por aquel entonces; una camarera soltera y embarazada no habría durado ni cinco minutos en el patio de recreo de un hombre rico.

—Permitiste que se enamorara de ti —dijo Shannon con voz fría, tan fría como el hielo que parecía haberle recubierto la piel— a pesar de que llevabas en el vientre al hijo de otro hombre.

«Y ese hijo era yo», pensó con tristeza.

—Yo era una mujer adulta —contestó con cautela Amanda, al tiempo que buscaba el rostro de su hija. Y lloró por dentro al ver lo que éste expresaba—. Y nadie me había amado de verdad. Con Tommy todo fue tan rápido y tan deslumbrante como un rayo. Todavía estaba cegada por él cuando conocí a Colin. Todavía me dolía, todavía estaba aferrada a él. Había volcado todo lo que sentía por Tommy en el bebé que habíamos concebido juntos. Puedo decirte que pensé que Colin sólo estaba siendo amable. Y la verdad es que al principio pensé que era así. Pero pronto me di cuenta de que sus intenciones eran más que las de ser amable.

—Y se lo permitiste.

—Tal vez podría haberlo detenido —respondió Amanda con un largo, larguísimo suspiro—. No lo sé. Todos los días de la semana siguiente hubo flores en mi habitación y todas esas cosas bonitas e inútiles que le encantaba regalar. Encontró la manera de estar cerca de mí. Si tenía un descanso de diez minutos, allí estaba. Sin embargo, me costó días entender que me estaba cortejando. Me sentí aterrorizada. Ahí estaba ese hombre encantador que no había sido sino gentil conmigo y no sabía que yo llevaba en mi vientre el hijo de otro hombre. Se lo dije, le conté todo con la certeza de que se terminaría nuestra amistad, y sentí pena, porque Colin era el primer amigo que tenía desde que había dejado a Kate en Nueva York. Él me escuchó, del modo en que solía hacerlo, sin interrumpirme, sin preguntarme nada, sin condenarme. Cuando terminé y empecé a llorar de nuevo, me tomó de la mano. «Lo mejor es que te cases conmigo, Mandy. Yo os cuidaré a ti y al bebé», me dijo.

Shannon se dio la vuelta y miró a su madre. Las lágrimas rodaban por sus mejillas, al igual que por las mejillas de Amanda, pero no iba a dejar que la ahogaran. Su mundo ya no se estaba tambaleando, sencillamente se había derrumbado de sopetón.

—¿Así de sencillo? ¿Cómo pudo ser tan fácil?

—Colin estaba enamorado de mí. Me sentí honrada cuando me di cuenta de que de verdad me amaba. Lo rechacé, por supuesto. ¿Qué más podía hacer? Pensé que estaba siendo absurdamente galante, o simplemente tonto de remate. Pero insistió. Incluso cuando me enfurecí y le dije que me dejara en paz siguió insistiendo. —Una sonrisa empezó a curvarle los labios al recordarlo—. Era

como si yo fuera una roca y él, la ola que paciente y constantemente la bate hasta que desgasta toda la resistencia que puede oponer. Me trajo cosas para ti. ¿Te imaginas a un hombre que corteja a una mujer regalándole cosas para su hijo que no ha nacido todavía? Un día vino a mi habitación y me dijo que íbamos a conseguir la licencia de inmediato y que cogiera mi bolso. Y lo hice. Sencillamente lo hice, y me encontré casada con él dos días después. —Amanda miró con dureza y anticipándose a la pregunta que Shannon iba a hacer—. No te voy a mentir y decir que lo amaba. Le tenía cariño. Era imposible no encariñarse con un hombre como él. Y estaba muy agradecida. Sus padres estaban muy contrariados, y era bastante comprensible, pero me dijo que él los haría cambiar de opinión. Y conociendo a Colin, lo habría logrado, pero se mataron en un accidente cuando iban de regreso a casa. Así que sólo quedamos los dos, y tú. Me prometí que sería una buena esposa para él, que construiría un hogar y lo aceptaría en la cama. Hice el juramento de no volver a pensar en Tommy nunca más, pero eso fue imposible. Me costó años entender que no era pecado ni una vergüenza recordar al primer hombre que había amado, y que no era una deslealtad para con mi marido.

—Que no era mi padre —dijo Shannon a través de unos labios de hielo—. Él fue tu marido pero no mi padre.

—Pues claro que fue tu padre. —Por primera vez se escuchó un tono de furia en la voz de Amanda—. Nunca digas lo contrario.

—Pero si acabas de decirme lo contrario, ¿no es cierto? —replicó Shannon con amargura.

—Colin te amó desde que estabas en mi vientre y nos acogió a las dos sin vacilación y sin falso orgullo. —Amanda habló lo más rápidamente que el dolor le permitió—. Te digo que me avergonzaba anhelar a un hombre que no podía tener cuando uno tan maravilloso estaba a mi lado. Me enamoré de él el día en que naciste y lo vi tomarte entre sus enormes y torpes manos, con esa expresión maravillada y orgullosa en el rostro, con todo el amor del mundo reflejado en sus ojos mientras te acunaba contra él tan delicadamente como si fueras de cristal. Lo amé tanto como cualquier mujer puede amar a un hombre desde ese día hasta hoy. Y él es tu padre, así como Tommy quiso y no pudo serlo. Si alguno de los dos tuvo algún arrepentimiento, fue el de no haber podido tener más hijos para repartir la felicidad que compartíamos contigo.

—¿Quieres que acepte esto sin más? —Aferrarse a la ira la torturaba menos que aferrarse al dolor. Shannon miró fijamente a Amanda. La mujer que yacía en la cama era ahora una extraña para ella, así como ella era una extraña para sí misma—. ¿Quieres que continúe con mi vida como si nada hubiera cambiado?

—Quiero que te des tiempo para aceptar y entender. Y quiero que creas que te amamos, todos nosotros.

Su mundo estaba hecho pedazos, los fragmentos esparcidos a sus pies; cada recuerdo que tenía, cada creencia que abrigaba estaban ahora hechos polvo.

—¿Aceptar? Que te acostaste con un hombre casado y te quedaste embarazada, y que después te casaste con el primero que se ofreció a salvarte. Aceptar todas las mentiras que me has dicho toda la vida, aceptar el engaño.

—Tienes derecho a estar enfadada —repuso Amanda tratando de contener el dolor físico y emocional.

—¿Enfadada? ¿Crees que lo que estoy sintiendo es tan poca cosa? Dios, ¿cómo has podido hacerme esto? —Se dio la vuelta sintiendo que la amargura y el horror le pisaban los talones—. ¿Cómo has podido no decirme nada durante todos estos años y dejarme creer que era alguien que no soy?

—La persona que eres no ha cambiado —le contestó Amanda con desesperación—. Colin y yo hicimos lo que pensamos que era mejor para ti. Nunca estuvimos seguros de cómo o cuándo decírtelo. Nosotros...

—¿Lo discutisteis? —Ahogada por sus descontroladas emociones, Shannon se giró hacia la frágil mujer que estaba en la cama. Sentía una horrible e intensa urgencia de coger ese cuerpo marchito y sacudirlo—. «¿Hoy será un buen día para decirle a Shannon que fue un pequeño error que cometiste en la costa Oeste de Irlanda? ¿O mejor se lo decimos mañana?».

—No fuiste un error. Nunca te consideramos un error. Un milagro. Maldita sea, Shannon...

Amanda se interrumpió, jadeando mientras el dolor se abría paso dentro de su cuerpo, robándole el aliento y desgarrándola. Se le nubló la mirada. Sintió una mano que le levantaba la cabeza y que le ponía una pastilla entre los labios, y escuchó la voz de su hija tranquilizándola.

—Bebe un poco de agua. Un poco más, así está muy bien. Ahora acuéstate y cierra los ojos.

—Shannon...

La mano de su hija estaba allí cuando extendió la suya buscándola.

—Estoy aquí, justo aquí. El dolor pasará en un momento. Se irá y podrás descansar.

El dolor ya estaba empezando a ceder y el cansancio la estaba invadiendo como bruma. «No ha habido suficiente tiempo —fue todo lo que pudo pensar Amanda—. ¿Por qué nunca hay suficiente tiempo?».

—No me odies —murmuró Amanda mientras se escabullía entre la bruma—. Por favor, no me odies.

Shannon se sentó, pues le pesaba su propio dolor, y se quedó allí mucho después de que su madre se durmiese.

No volvió a despertarse.

## Capítulo 2

A un océano de distancia de donde una de las hijas de Tom Concannon lidiaba con el dolor de la muerte, otras celebraban las alegrías de una nueva vida.

Brianna Concannon Thane acunó a su hija entre los brazos y la examinó: los hermosos ojos azules de pestañas increíblemente largas, los pequeñísimos dedos con pequeñísimas y perfectas uñas y el capullito que tenía por boca, que nadie en el Cielo o en la Tierra se atrevería a decir que no había curvado en una sonrisa.

Después de menos de una hora ya se le habían olvidado el esfuerzo y el cansancio del parto. El sudor e incluso los momentos de temor.

Tenía una hija.

—Es de verdad —dijo Grayson Thane reverentemente, mientras le acariciaba la mejilla a la niña con un dedo vacilante—. Y es nuestra —añadió, tragando saliva. Kayla, pensó. Su hija Kayla. Era tan pequeña, tan frágil, tan indefensa—. ¿Crees que le voy a caer bien?

Su cuñada se asomó sobre su hombro y se rio.

—A nosotros nos caes bien..., al menos la mayor parte del tiempo. Se parece a ti, Brie —decidió Maggie, y le puso una mano en la cintura a Gray para sostenerse—. Va a tener el pelo de tu color. Ahora lo tiene más

rojizo, pero apuesto a que va a ir cambiando a tu dorado en poco tiempo.

Brianna sonrió, sintiéndose encantada con la idea. Acarició la pelusa de la cabeza de su hija y le pareció tan suave como el agua.

—¿De verdad lo crees?

—Tal vez haya sacado mi barbilla —dijo Gray esperanzado.

—Típico de un hombre. —Maggie le guiñó un ojo a su marido, que estaba al otro lado de la cama de hospital de Brie, y él le devolvió una sonrisa—. Una mujer tiene que pasar por el embarazo, las náuseas y los tobillos hinchados. Además, le toca caminar como un pato durante meses pero pareciendo una vaca y, para completar, después le toca vivir los horrores del parto...

—Ni me lo recuerdes —dijo Gray, que no se molestó en disimular un estremecimiento.

Puede que Brianna ya hubiera dejado atrás ese aspecto del acontecimiento, pero él no había podido. Seguiría apareciendo en sus sueños durante años, estaba seguro.

Transición, recordó con horror. Al ser escritor, siempre la había considerado un paso sencillo de una escena a otra. Nunca volvería a pensar en esa palabra de la misma manera.

Maggie no pudo contenerse, así que presionó la lengua contra la mejilla. El afecto que sentía por Gray la obligaba por honor a tomarle el pelo cada vez que se le presentaba la ocasión.

—¿Cuántas horas duró? Veamos... Dieciocho. Tuviste dieciocho horas de parto, Brie.

Brianna no pudo contener del todo una sonrisa cuando Gray empezó a ponerse pálido.

—Más o menos. Aunque en ese momento me pareció más largo aún, con toda esa gente diciéndome que respirara y el pobre Gray casi hiperventilando al mostrarme cómo tenía que hacerlo.

—Un hombre no sabe más que lloriquear después de estar tras un escritorio ocho horas —dijo Maggie, mientras se quitaba de la cara un mechón de su pelo color fuego—. Y, sin embargo, insisten en llamarnos el sexo débil.

—Eso es algo que no vas a oír de mis labios —repuso Rogan con una sonrisa. El estar presente en el nacimiento de Kayla le había recordado el nacimiento de su hijo y cómo Maggie había luchado como un guerrero para traer a Liam al mundo. Pero nadie piensa en lo que tiene que pasar un padre—. ¿Cómo va la mano, Grayson?

Frunciendo el ceño, Gray dobló los dedos, los que su esposa le había apretado con fuerza durante una contracción especialmente dolorosa.

—No creo que la tenga rota.

—Contuviste el aullido con mucha hombría —le recordó Maggie—, pero los ojos te bizquearon cuando Brie te la apretó.

—Por lo menos Brianna no te maldijo —añadió Rogan, levántandole una elegante y oscura ceja a su esposa—. Los insultos que Margaret Mary me dirigió cuando Liam nació fueron bastante creativos. E irrepetibles.

—Intenta que salgan de ti cuatro kilos, Sweeney, y dime qué insultos se te vienen a la cabeza. Y todo lo que

dice, cuando mira a Liam, es que el chico tiene su nariz...

—Y así es.

—Pero ya estás bien, ¿no?

Con un repentino ataque de pánico, Gray volvió a mirar a su esposa. Todavía estaba un poco pálida, notó él, pero tenía los ojos claros otra vez y se había desvanecido esa aterradora expresión de concentración.

—Estoy bien. —Para reconfortarlo, le acarició la mejilla. Cómo amaba esa cara, con su boca de poeta y sus ojos salpicados de oro—. Y no voy a dejar que cumplas la promesa de no volverme a tocar, ya que la hiciste al calor del momento —se rio y olisqueó a su hija—. ¿Lo oíste, Maggie, cuando le gritó al médico? «Hemos cambiado de opinión. Después de todo no vamos a tener al niño. Salga de mi camino, que me voy a llevar a mi mujer de regreso a casa», le dijo.

—Bien por ti —empezó Gray, que se arriesgó de nuevo y le acarició la cabeza a la niña con un dedo—, que no tuviste que ver nada de nada. Todas esas cosas del parto resultan violentas para un hombre.

—Y lo más importante es considerar que somos los menos apreciados —añadió Rogan. Cuando Maggie bufó, le ofreció la mano—. Tenemos llamadas que hacer, Maggie.

—Sí, es cierto. Volveremos pronto.

Cuando se quedaron solos, Brianna le sonrió a Grayson y le dijo:

—Tenemos una familia, Gray.

Una hora más tarde Grayson se puso nervioso y empezó a sospechar cuando una enfermera llegó a la habitación y se llevó a la niña.

—Voy a ir a echar un vistazo. No confío en la expresión de los ojos de esa enfermera.

—No te preocupes tanto, pa.

—Pa. —Sonriendo de oreja a oreja, Gray fijó la mirada en Brie—. ¿Así me llamará? Es fácil. Probablemente podría llamarme así desde ya, ¿no te parece?

—Sí, claro, estoy segura. —Sonriendo, Brianna le puso las manos a los lados de la cara a su marido cuando él se inclinó para besarla—. Nuestra Kayla es tan resplandeciente como el sol.

—Kayla Thane. —Gray probó a ver cómo sonaba y después sonrió—. Kayla Margaret Thane, la primera presidenta de Estados Unidos. Ya tuvimos una presidenta en Irlanda —añadió—. Pero Kayla podrá escoger lo que quiera. Estás preciosa, Brianna. —La besó de nuevo, sorprendido del todo de que fuera verdad. A Brie los ojos le brillaban, y tenía el cabello suelto a ambos lados de la cara. Todavía estaba un poco pálida, pero ya se podía ver que las rosas de sus mejillas estaban empezando a florecer de nuevo—. Y estarás exhausta. Debería dejarte dormir.

—¿Dormir? —Entornó los ojos y tiró a Gray de las solapas para que le diera otro beso—. Estarás bromeando, ¿no? No creo que pueda dormir en días de tanta energía que tengo. Lo que sí estoy es muerta del hambre. Daría cualquier cosa por un sándwich y unas patatas fritas.

—¿Quieres comer? —Gray pestañeó sorprendido—. Qué mujer. Tal vez después quieras salir a arar un campo.

—Creo que de eso puedo pasar —contestó con aire serio—. Pero te recuerdo que no he comido nada en más de veinticuatro horas. ¿Podrías pedir que me traigan algo?

—Ni hablar de comida de hospital. Sólo faltaba que la madre de mi hija tuviera que comer aquí. —Era fantástico, notó Gray. A duras penas se había acostumbrado a decir «mi mujer» y ahora estaba diciendo «mi hija». «Mi hija»—. Voy a conseguirte el mejor sándwich que exista en toda la costa Oeste de Irlanda.

Brianna se recostó en la almohada riéndose mientras Gray salía de la habitación. Qué año tan agitado había tenido, pensó. Apenas hacía poco más de un año que había conocido a Gray, y hacía menos tiempo aún que se había enamorado de él. Y ahora eran una familia.

A pesar de que había dicho lo contrario, los párpados se le pusieron pesados, se le cerraron los ojos y se durmió con facilidad. Cuando se despertó, emergiendo de la bruma de los sueños, vio a Gray, que estaba sentado en el borde de la cama mirándola.

—Kayla también está durmiendo —le dijo al tiempo que la tomaba de la mano y se la llevaba a los labios—. Me han permitido cogerla otra vez después de que haya estado dándoles la lata. Han dicho cosas interesantes sobre los yanquis, pero al final han sido indulgentes conmigo. Me ha mirado, Brie. Me ha mirado directamente a la cara. Me ha reconocido, y ha puesto los dedos, unos dedos preciosos, por cierto, alrededor del mío y ha apretado... —Se interrumpió y una expresión de pánico reemplazó la de gozo deslumbrado—. Estás llorando. ¿Por qué estás llorando? Algo te duele. Voy a por el médico. Voy a traer a alguien que te ayude.

—No. —Sorbiéndose la nariz, Brie se inclinó hacia delante y presionó la cara contra el hombro de su marido—. No me duele nada. Es sólo que te amo tanto, Grayson... Cómo me conmueves. Me conmueve profundamente verte hablar de ella.

—No sabía que podía ser así —murmuró Gray mientras le acariciaba el pelo a Brianna con una mano y la abrazaba con el otro brazo—. No sabía que esto iba a ser tan grande, tan increíblemente grande. Voy a ser un buen padre.

Lo dijo con tal fervor, y tan dulce asomo de miedo, que Brianna se rio.

—Lo sé.

Cómo podía fracasar, se preguntó Gray, cuando Brianna creía tanto en él.

—Te he traído el sándwich y otras cosas.

—Gracias. —Se sentó derecha, sollozó otra vez y se secó las lágrimas de los ojos. Cuando éstos se le aclararon, pestañeó de nuevo y lloriqueó otra vez—. Ay, Grayson, qué tonto y qué maravilloso eres.

Grayson había llenado la habitación de flores, en macetas, en floreros y en cestas, con globos que atestaban el techo de colores vivos y alegres formas. Un enorme perro morado sonreía al pie de la cama.

—El perro es para Kayla —le dijo Gray mientras sacaba pañuelos de papel de una caja y se los ponía en la mano—, así que no te hagas ideas extrañas. Probablemente el sándwich ya se te haya enfriado y me he comido algunas patatas, pero también te he traído una ración de tarta de chocolate, que te puedo dar si no te portas mal.

—Quiero la tarta primero —le dijo Brianna tras haberse secado las lágrimas.

—Muy bien.

—¿Qué es esto? ¿Ya estamos de fiesta? —Maggie entró a la habitación con un ramo de narcisos entre los brazos. Su marido entró tras ella, con la cara oculta por un enorme oso de peluche.

—Hola, mamá. —Rogan se inclinó sobre la cama y le dio un beso a su cuñada; después le guiñó el ojo a Gray—. Pa...

—Tenía hambre —dijo Gray con una sonrisa.

—Y me siento demasiado tacaña como para compartir mi tarta —dijo Brianna llevándose un trozo a la boca.

—Acabamos de ir a echar un vistazo al nido. —Maggie se desplomó en una silla—. Y puedo decir, sin subjetividad alguna, que Kayla es la más bonita entre todos los bebés. Tiene tu pelo, Brie, de un rosa dorado, y la bonita boca de Gray.

—Murphy te manda todo su cariño y sus mejores deseos —dijo Rogan poniendo al oso junto al perro—. Lo hemos llamado hace unos momentos para darle las noticias. Él y Liam están celebrándolo con las pastas de té que horneaste justo antes de ponerte de parto.

—Es muy amable por su parte cuidar a Liam mientras vosotros estáis aquí.

Maggie desestimó la gratitud de Brianna.

—La amabilidad no tiene nada que ver. Murphy se quedaría con el niño desde el amanecer hasta el anochecer si se lo permitieras. Están pasándoselo de lo lindo, y, antes de que preguntes, las cosas van bien en el hotel. La

señora O'Malley está atendiendo a tus huéspedes. Aunque es difícil entender por qué aceptaste reservas si sabías que ibas a tener un bebé.

—Me imagino que por la misma razón por la cual tú seguiste trabajando en tu taller hasta que nos tocó arrastrarte para que fueras a dar a luz a Liam —contestó Brianna secamente—. Así es como me gano la vida. ¿Madre y Lottie se han ido a casa ya?

—Hace un rato. —Para no mortificar a su hermana, Maggie siguió sonriendo. Su madre había estado quejándose y preocupándose por los gérmenes que podrían pegársele en el hospital, pero no era nada nuevo—. Se asomaron, pero como te vieron dormida, Lottie dijo que mejor se llevaba de regreso a madre a casa y volvían a veros mañana. —Maggie hizo una pausa y se volvió para mirar a Rogan. El casi imperceptible movimiento de cabeza de su marido le indicó que le estaba dejando a ella la decisión de compartir o no con su hermana el resto de las noticias que le concernían. Y puesto que Maggie entendía a su hermana y sus necesidades, se levantó y fue a sentarse en el borde de la cama, al otro lado de Gray; entonces tomó una de las manos de Brianna—. Mejor que se haya ido. No, no me mires así, no lo digo con mala intención. Es sólo que tenemos noticias que ella no debe escuchar todavía. El hombre que contrató Rogan, el detective, cree que ha encontrado a Amanda. Pero espera, no te hagas muchas ilusiones todavía. Ya hemos pasado por esto.

—Pero esta vez puede ser en serio.

Brianna cerró los ojos un momento. Más de un año atrás había encontrado tres cartas que le había escrito

Amanda Dougherty a su padre. Cartas de amor que la habían sorprendido y desconsolado. En una de ellas había descubierto que había tenido un hijo de su padre, y entonces la familia había empezado una larga y frustrante búsqueda de la mujer de la cual se había enamorado su padre y del hijo que él nunca había conocido.

—Puede ser. —Gray no quería ver decepcionada a su mujer de nuevo, de modo que habló con cautela—. Pero conoces bien, Brie, todos los callejones sin salida con los cuales nos hemos topado desde que el detective encontró el certificado de nacimiento.

—Sabemos que tenemos una hermana —contestó Brianna con obstinación—. Sabemos cuál es su nombre, sabemos que Amanda se casó y que se mudaron muchas veces. Esas mudanzas han sido el problema, pero tarde o temprano las vamos a encontrar. —Le apretó la mano a Maggie—. Y podría ser ahora.

—Tal vez. —Maggie todavía tenía que resignarse a que podía ser una posibilidad real. No estaba completamente segura de querer encontrar a esa mujer que era su media hermana—. El detective va de camino a Columbus, Ohio. En uno y otro sentido, pronto tendremos noticias.

—Pa habría querido que hiciéramos esto —dijo Brianna tranquilamente—. Se habría puesto contento al saber que al menos tratamos de encontrarlas.

Maggie asintió con la cabeza y se levantó de la cama.

—Pues ya hemos echado a rodar la bola, así que no intentaremos detenerla. —Sólo esperaba que nadie saliera lastimado por las vueltas—. Mientras tanto deberías

estar dando gracias por tu nueva familia y no preocupándote por lo que pueda o no encontrar el detective.

—Pero dame noticias en cuanto sepas algo —insistió Brianna.

—Sea lo que sea te lo diré, así que no te pongas nerviosa hasta que pase algo. —Maggie echó otro vistazo a la habitación y sonrió—. Brie, ¿quieres que nos llevemos algunas de estas flores a casa y te las arreglemos allá para que te estén esperando cuando llegues con la niña?

A Brianna le costó un gran esfuerzo contener el resto de las preguntas que le rondaban por la cabeza, pero todavía no había respuesta para ellas.

—Te lo agradecería. Gray se ha dejado llevar por la emoción.

—¿Quieres algo más, Brianna? —Rogan aceptó de muy buena gana las flores que Maggie empezó a apilarle en los brazos—. ¿Más tarta?

Brianna miró hacia el plato vacío y se sonrojó.

—Creo que ya me he comido hasta la última migaja. Gracias, pero creo que así está bien. Marchaos a casa los dos y descansad.

—Así lo haremos. Te llamo mañana —le prometió Maggie. La preocupación volvió a adivinarse en sus ojos al salir de la habitación con Rogan—. Quisiera que no albergara tantas esperanzas y que no tuviera la certeza de que esa hermana nuestra perdida por tanto tiempo vaya a querer ser bienvenida en nuestra familia.

—Ése es su temperamento, Maggie.

—Santa Brianna —dijo Maggie con un suspiro—. No podría soportar que saliera lastimada por esto, Rogan. Sólo tienes que echarle un vistazo para darte cuenta

de cómo le está creciendo la idea dentro de la cabeza y del corazón. Sin importar lo malo que sea por mi parte, desearía con toda mi alma que nunca hubiera encontrado esas cartas.

—No te mortifiques, Maggie —repuso Rogan, y puesto que su mujer estaba ocupada haciendo precisamente eso, Rogan apretó el botón del ascensor con un codo.

—El problema no es que yo me mortifique —murmuró Maggie—. Brie no debería estar preocupándose por esto en este preciso momento. Tiene que pensar en la niña, y puede que Gray tenga que irse dentro de pocos meses de gira por su libro nuevo.

—Pensaba que la había suspendido. —Rogan se acomodó las flores en los brazos para que no se le cayeran.

—Quiere suspenderla, pero Brie le ha estado dando la lata para que vaya, porque no quiere que nada interfiera en su trabajo. —Maggie les frunció el ceño a las puertas del ascensor con impaciencia y enfado—. Está tan segura de que puede hacerse cargo de la niña, el hotel, todos esos malditos huéspedes y, encima, ese asunto de Amanda Dougherty Bodine...

—Ambos sabemos que Brianna es lo suficientemente fuerte como para lidiar con cualquier cosa que se le presente. Igual que tú.

Maggie levantó la mirada, preparada para discutir, pero la sonrisa divertida de Rogan le apaciguó el mal humor.

—Puede que tengas razón —dijo, y le lanzó una mirada provocadora—, por una vez en la vida. —Más

tranquila, le quitó algunas flores de los brazos—. Y es un día demasiado maravilloso como para estar preocupándose por algo que tal vez nunca suceda. Tenemos una hermosa sobrina, Sweeney.

—Es cierto. Y me parece que tal vez tenga tu barbi-  
lla, Margaret Mary.

—Sí, yo he pensado lo mismo. —Se subieron al ascensor cuando se abrieron las puertas. Reflexionó sobre lo fácil que era olvidarse del dolor y recordar solamente la alegría—. Y también he pensado que ahora que Liam está empezando a andar podríamos plantearnos darle un hermano o una hermana.

Rogan sonrió y se las arregló para darle un beso a través de los narcisos.

—Yo también estaba considerando esa posibilidad.